

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VIVEIRO 2016

Por D. Emilio José Casariego Vales

Presidente de la Asociación Española de Medicina Interna

Ilma. Sra. alcaldesa de Viveiro, Sr. presidente de la Xunta de Cofradías, autoridades, cofrades, familia, amigas, amigos... Antes de empezar mi pregón quisiera agradecer las palabras de mi presentador. Moncho, hoy más que nunca ha sido necesaria tu presencia en este escenario y también tu generosidad y maestría.

PRESENTACIÓN

Es una grata y enorme sorpresa estar esta tarde aquí con todos ustedes. Como se pueden imaginar, el primer sorprendido soy yo... pero no soy el único. Si hace unos meses me hubiesen dicho que hoy estaría así, aquí y ahora, no lo hubiese creído. De hecho, me sigo haciendo la misma pregunta: ¿cómo es que habrán pensado en mí? Es más, no lo debía de pensar mucha gente. Incluso, alguien muy cercano, cuando lo supo, me dijo: "Ayyyy... no te veo preparado". He de confesar que tuve muchas dudas. Sin embargo, no contaba yo con las buenas artes de don Román; así que aquí me tienen, un poco asombrado, muy atribulado y con este atril como única defensa. Pero, por favor, sepan que sin duda este es el mayor honor que he tenido en mi vida y que en este momento no solo soy la persona más dichosa, sino también la más asustada.

Como ya saben, soy vivariense. Nací *na Fontenova*, encima de la panadería de Aurelio y mi infancia fue la felicidad: libertad absoluta, una ciudad entera como campo de juegos, alegría y un maravilloso olor a pan. Aquí nací, aquí fui feliz y aquí me hice como persona. Las verdaderas habilidades de la vida, las que permiten relacionarse con la gente, desempeñar tu trabajo o formar una familia las adquirí aquí. Luego, la vida, me llevó a ser un *dos de fora*, que es como se llama aquí a los tipos morriñentos que anhelan volver a casa. Moncho Pernas, mi presentador, lo personifica espléndidamente en *Vila Ponte*, ese lugar mágico que existe y que viaja en cada uno de nosotros.

También es cierto que ejerzo de vivariense. Tengo por verdades absolutas que es la ciudad más bonita del mundo, que aquí es donde mejor se vive, que su gente es una familia e incluso defiendo sin engaño que tiene un microclima subtropical. Pero, aparte de esto, no me veo otros méritos para este



FOTOGRAFÍA: BELARMINO PRIETO

honor. Soy un médico, una persona que ejerce un oficio humilde que se hace a la cabecera del paciente, de forma discreta, casi silenciosa. Por eso me resulta curioso un médico pregonero. También soy un osado al que sus entrañas han puesto una zancadilla en la razón.

El pregonero anuncia un acontecimiento importante e invita a los oyentes a participar. Por esa razón el pregonero no es importante. Lo realmente relevante es lo que va a ocurrir. Además, tengo claro que el verdadero pregón no lo digo yo, lo dicen todos los días miles de vivarienses a sus amigos, conocidos o compañeros de trabajo, aquí o en medio mundo. Su pregón, sencillo y tierno, nace del corazón y seguro que contagia a todo el que lo escucha.

SEMANA SANTA EN VIVEIRO: RELIGIOSIDAD E HISTORIA

Cómo no va a ser así si nuestra Semana Santa está grabada en nuestra memoria. Es una historia de más de ocho siglos de convivencia en una comunidad

relativamente pequeña. Fíjense que nuestra Semana Santa es tan antigua como muchas de las instituciones que han creado este país. Tan antigua como, por ejemplo, la Universidad de Salamanca que celebra, en 2018, su 800 cumpleaños. Y fíjense ustedes el impacto que ha tenido esa universidad. Aunque sólo sea por este hecho, es imposible explicar la historia de nuestra ciudad sin su Semana Santa.

Aunque para algunos historiadores su origen es más remoto, probablemente se inició en los primeros años del siglo XIII con la llegada a Viveiro de las órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos. La honda espiritualidad de la sociedad de entonces, que consideraba la vida como un pasajero valle de lágrimas, se enraizó con la labor doctrinal de estos frailes, que enaltecen los valores del trabajo y la austeridad.

Desde entonces, y con la mayor solemnidad, se ofician los cultos en todas las iglesias y conventos de la zona. En sus inicios, probablemente de manera muy sencilla, como la propia sociedad medieval, sobria y austera. Desde esa época nuestra Semana Santa se sostiene sobre varias parejas de pilares: tradición e innovación, el pasado y el futuro, lo divino y lo humano. Estas dualidades se reproducen en el eje central formado por Encuentro y Desenclavo. Desarrollados respectivamente por franciscanos y dominicos, con los siglos se impregnaron de la teatralidad del arte barroco y llegan hasta nuestros días con un esquema sin grandes cambios.

Esto podría hacer pensar que la Semana Santa en Viveiro evolucionó sin grandes problemas o dificultades. Nada más lejos de la realidad. Su historia no es lineal, ni placentera ni únicamente piadosa. A

lo largo de los años ha tenido que superar problemas y limitaciones múltiples. Incluso la posibilidad de su desaparición tras el fallecimiento de todos los cofrades, lo que obligó a su refundación, tras años de inactividad, en la primera mitad del siglo XVIII.

No menos problemática ha debido de ser su adaptación a cada época y a muy diferentes escalas de valores y maneras de pensar. Así, en el siglo XVII, con la efervescencia del barroco, los actos pasionales cambiaron. La necesidad de aproximar los textos sagrados al pueblo los transformaron en una verdadera obra de teatro sacro que transcurría, y transcurre, entre la gente, moviéndose por diferentes zonas de la ciudad. Las mejoras en la imaginería, posiciones efectistas, pelo natural, ropas reales y movimientos articulados lograron una mayor aproximación al público y efectos didácticos indudables. Además, las explicaciones que acompañaban a los actos, sencillas e impactantes, de seguro que llegaban a los corazones más endurecidos. En conjunto, acontecimientos tan espectaculares como exitosos que lograban atraer y conmover a multitudes. Esto es, la teatralidad de la puesta en escena al servicio de la formación en valores, tanto humanos como religiosos. Una obra que, lejos de banalizar el drama, acerca a los fieles, con sencillez y emoción, el dolor de Cristo y el mensaje que encarna.

El siglo XIX nació con nuevos bríos que pronto naufragaron en un mar de problemas. Por una parte, los acontecimientos generales del país, la invasión francesa, la desamortización o la reforma del clero regular. Por otra, las crisis locales, sobre todo a finales del siglo, por las disputas y enfrentamientos sobre



«AUTORIDADES Y REPRESENTANTES DE LAS COFRADÍAS TRAS LA INTERVENCIÓN DEL PREGONERO»

derechos entre distintos próceres. A principios del siglo XX nuestra Semana Santa era un alarde de la sencillez franciscana. Sin embargo es en estos años cuando nuevas personas —don Fernando Pérez Barreiro, don Antonio Nieto, don Francisco Fraga— y el renacer de la religiosidad a nivel local, promueven su recuperación definitiva. Con este nuevo espíritu, a partir de 1908, se incrementaron los tradicionales pasos y en 1913 desfilaron los dos primeros capirottes con trajes de terciopelo fino, como cuenta con mucha gracia don Ramón Canosa. En este ambiente, en 1916, de manera multitudinaria y entusiasta, se constituye de forma solemne la Adoración Nocturna de Viveiro. Este es un hito de extraordinaria relevancia en nuestra historia local. En este año celebramos su primer centenario, en simultaneidad con el 125 aniversario del fallecimiento de su cofundador, el viariense don Luis Trelles.

Estos nuevos impulsos tienen su momento cumbre en 1944 cuando un grupo de jóvenes cofrades —Pepe Cociña, Paco Fanego, Nemesiño y otros—, entusiastas y con gran empuje, fueron capaces de galvanizar a no pocos vivarienses. Una gran idea y una gran pasión. Con estos mimbres, una capaz y seria comisión organizadora y el asesoramiento de don Francisco Fraga y Lino Grandío organizaron una nueva Semana Santa que, sin desatender a lo antiguo, introdujo nuevos aires, nuevos actos y un operativo eficaz. Fruto de esta pasión pronto aparecieron nuevas cofradías que se unieron a la Ilustre Cofradía del Rosario y la V.O.T., que habían compartido en solitario este espacio por siglos. Se produjo una verdadera revolución fruto del fervor, el entusiasmo y de la pasión. En 1944 se funda la Cofradía del Cristo de la Piedad y sus filiales, la Hermandad del Prendimiento en 1946, la Hermandad de las Siete Palabras en 1951 y la Hermandad de la Santa Cruz en 1953. La ilusión generada en los años 40 y 50 mantiene su empuje en el siglo XXI, cuando nacen las Cofradías “O Nazareno dos de fóra” y la “de la Misericordia”. La Hermandad de la Santa Cruz la forman, desde sus orígenes hace ya 63 años, solo mujeres y su crecimiento en hermanas y en actividad ha sido espectacular. Con su hermana mayor, Mari Carmen Chipe, al frente cumplen a la perfección el lema de la cofradía “siempre más y siempre mejor”. Gracias a las cofradías resplandece nuestra Semana de Pasión:

Sobrecoge la visión nocturna de las calles oscuras y húmedas sobre las que se reflejan las luces de los hachones. Pero, sobre todo, sobrecogen las caras de las personas, absortas, a veces musitando, a veces en silencio. Son la viva imagen de la devoción.

Impresiona el cuidado extremo de los trajes y ornamentos. No es solo trabajo y meticulosidad, que lo son y mucho: en ellos se ve la ilusión, el convencimiento en lo que se hace y el placer con que se hace.

Impacta la calidad de las imágenes. La luz, el movimiento cadencioso, el ambiente húmedo las dota de vida, mostrando nuevos aspectos y matices en cada esquina.

Conmueve la emoción de miles de personas. Decía Juan Pablo II que la peor prisión es un corazón cerrado. Nuestra Semana Santa no sólo araña el corazón, es una llave capaz de abrirlo.

Sorprende la pericia de las collas de llevadores sobre el suelo empedrado de calles estrechas y empinadas, siempre con atinadas maniobras que sortean la esquina angosta o el cable traicionero.

Y todo ello inmerso en múltiples sonidos. Recogimiento no significa necesariamente silencio. El cornetín de los flechas, el crujir de la madera en las cuestas, el único tambor que marcaba el paso sereno de la banda bajo la seria mirada de Don Alfonso. También los más actuales, como los espectaculares y virtuosos repiques. La música es una parte inseparable de esta fiesta que el alma y los sentidos ofrecen a Dios. Sonidos hay muchos, pero nada tan majestuoso y elocuente como el silencio, el clamoroso sonido del silencio que inunda iglesias, calles y plazas, y se te queda dentro, grabado, reconocible con tonalidad propia y que recuerda que el respeto, la devoción y la fe no precisan de muchas palabras.

Mi infancia son recuerdos del Encuentro, un mar de piernas que se convertían en un mar de cabezas cuando mi padre me subía sobre sus hombros o, cómo no, la interminable visita a los monumentos. La Semana Santa que yo conocí eran personas: Heriberto y su centenaria trompeta, que tan hábilmente manejaba; la voz atronadora de don Francisco sentenciando desde su balcón; el coro de doña Herminia; el paso de los pies descalzos de tantos que llevan su cruz. La Semana Santa que disfruté era, también, emociones, una ciudad agitada en constante movimiento o la envidia de no ser un flecha. La Semana Santa en la que gocé enseñaba cosas fundamentales para la vida, como el valor del equipo y lo maravillosa que es la gente. Enseñanza extraordinaria que aprendí como llevador en los años 70. Una experiencia que tan bien describe Perfecto Parapar en la Revista Pregón de 2003.

La Semana Santa de mi infancia ha evolucionado, ha modificado su lenguaje sin dejar de decir lo mismo. Es de admirar verla hoy, todavía más gran-

diosa y espléndida. Y, sin embargo, por encima de su magnificencia, el vivariense sabe distinguir donde depositar su fervor. Como decía Baltasar Gracián, en el siglo XVII, “no hace sagrada a la imagen ni la riqueza de la madera ni la belleza de la talla; la hacen sagrada los que la veneran”. La espiritualidad de los vivarienses no se ha distraído nunca por los oropeles. Es evidente que gusta la belleza y la buena factura de las imágenes. También es evidente que deseamos una Semana Santa merecedora de elogios y con gran esplendor ornamental. Sin embargo, también sabemos que el valor espiritual no se mide ni por precio ni por belleza. Por eso, la imagen más venerada por cada uno puede no ser la más bella, moderna o valiosa. Los motivos de la devoción son cuestiones que la razón no siempre entiende. Ni falta que hace.

Construida y adaptada a lo largo de los siglos, tiene, hoy en día, una vertiente más, la festiva. Viveiro, ciudad alegre, se abre en estos días a todo el mundo. Sea cual sea el motivo, Viveiro los acoge. Puede venir por motivos religiosos, pero también por razones artísticas, históricas, gastronómicas, paisajísticas, familiares, vacacionales... Por cierto, y permítanme el inciso, por una vez los vivarienses estamos de acuerdo con la prensa inglesa, puesto que nos seleccionó como el sexto mejor lugar de Europa para descansar. Por todo ello, Viveiro está acostumbrado al vaivén de gentes muy diversas. Con su magnificencia desde antiguo, nuestra Semana Santa se ha convertido en un reclamo para verdaderas multitudes y, hasta la fecha, sin transformarla, como dice Paco Mayo, en un esperpento turístico, pues ha sabido mantener su autenticidad, calidad y singularidad. De la misma forma, pertenecemos a una tierra que fue de emigrantes por lo que somos especialmente sensibles a recibir a los de fuera. Fruto de esa sensibilidad,

la Semana Santa integra a los nuevos vivarienses. Así, el paso de San Pedro lo portan los nuevos vecinos que nacieron en el lejano Perú.

Y ahora, en el siglo XXI, sigue creciendo: nuevos actos, nuevas procesiones, nuevas imágenes, nuevos impulsos que reflejan el gran trabajo de las cofradías. Trabajo que responde a una enorme ilusión colectiva, fruto de la fe, de la devoción y que empuja a nuevos horizontes. Además con otro objetivo siempre presente: legar a las nuevas generaciones una fe viva, una celebración digna de la tradición y adecuada para la formación cristiana de los vivarienses del futuro.

Nuestra Semana Santa es poliédrica, donde el mestizaje nuevo-viejo ha calado hasta conseguir conmover todavía a las gentes de hoy, tan acostumbradas a novedades pasmosas. Tan pasmosas que hace tan solo 40 ó 50 años se considerarían simplemente imposibles. Han pasado ocho siglos y la Semana Santa vivariense se ha ido acomodando a los cambios culturales y sociales sin perder de vista sus orígenes. Esta transformación sólo se puede llevar a cabo cuando las cabezas rectoras de las cofradías van al mismo paso de la gente del pueblo. Es una conjunción muy valiosa y difícil de lograr. Ya no se trata de transmitir el mensaje a una población, mayoritariamente analfabeta, como la del siglo XIII o del XVII. La sociedad y la forma de vida actuales nada tienen que ver. El hombre actual vive admirado de sus propios descubrimientos y de su poder. Jamás el género humano tuvo tantas riquezas y sin embargo gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria. Nunca antes el hombre había tenido un sentido tan agudo de su propia libertad y aún así surgen nuevas formas de esclavitud, física y psicológica. Vivimos

«LA CORAL POLIFÓNICA "ALBORADA" DE VIVEIRO CERRANDO EL ACTO DEL PREGÓN» — FOTOGRAFÍA: ANDRÉS BASANTA



en la era de la tecnología, existen nuevos y mejores medios de comunicación social, y las relaciones humanas se multiplican sin cesar, pero las palabras parecen haber perdido parte de su significado. Las relaciones que se establecen no son siempre realmente personales. Este cambio de mentalidad hace que las maneras de pensar y de sentir de las generaciones previas no se adapten bien a esta nueva realidad y que sus ideas estén sometidas a grandes tensiones o al olvido. Algo que un escritor contemporáneo español, Javier Marías, define magistralmente: “de que poco hay constancia, y de ese poco tanto se calla, y de lo que no se calla se recuerda después tan sólo una mínima parte, y durante poco tiempo...” A pesar de todo, en este mundo mutante y complejo, nuestra Semana Santa está implantada con naturalidad, desde la modernidad, con gente joven y de manera apabullante. Sin duda porque es una forma clara y sencilla de contarnos una historia única, poderosa y eterna, y sentir en el alma el mensaje de amor divino. ¿Hay algún mensaje más claro?

AYUDA A FORMAR PERSONAS COMO INDIVIDUOS

Nuestra Semana Santa es una grandiosa manifestación religiosa y, por ello, no es sólo la acción de la Iglesia. También es religiosidad popular: manifestación sentida de fe, de compromiso con una forma de ser, con una forma de vivir. Por eso se ha integrado en la identidad de un pueblo: porque pone ante nuestros ojos los valores esenciales que nos anclan en una forma de vida coherente y con criterios.

Religión, espiritualidad y formación en valores se juntan durante unos días en el gran teatro del mundo que se escenifica en iglesias y calles de Viveiro. Teatro que recrea la pasión de Cristo y, a la vez, el mundo tan rico y diverso en el que vivíamos hace veinte siglos y también hoy mismo. La Semana Santa recorre la tragedia y la violencia, las traiciones y las tristezas que se juntaron en los últimos días de Cristo y, en su recorrido, se transforman en generosidad y grandeza, en una luz cegadora que ha iluminado 2000 años de nuestra historia. Así es la vida de los humanos, que concentra en las mismas personas felicidad y desgracia, dolor y alegría, pasión y traición, heroísmo y vileza. No somos perfectos, es imposible, pero sí sabemos que tras los errores y las faltas vienen, al lento paso de la verdad, el arrepentimiento y la liberación.

Para ello es preciso un tiempo de reflexión interior. Rememorando la Pasión no puedes menos que

preguntarte: y tú, ¿qué? Es el momento anual de mirarnos hacia dentro, de desnudar el alma y desdoblar sus recovecos ante nosotros mismos, sin mentiras ni complacencias y reconocernos necesidades, caprichos y desatinos. Decía Benjamín Franklin que hay tres cosas extraordinariamente duras: el acero, el diamante y conocerse uno mismo. Duro y difícil, pero necesario ya que solo si conoces los problemas, eres capaz de resolverlos. Esto lo sabemos bien los médicos; sólo si diagnosticas correctamente vas a poner el tratamiento adecuado. Lo dijo mejor San Agustín: conócete, acéptate, supérate. ¿Quién no ha tenido fracasos? Es imposible no fracasar ante los innumerables problemas que nos trae la vida cotidiana. Lo importante es reconocer los propios fracasos y levantarse sobre ellos. Eso es la vida: caer y levantarse. La Semana Santa en Viveiro te pone ante el espejo de tu propia vida y te ofrece los motivos, los ejemplos, las escenas y el tiempo necesario para la reflexión. Es el momento anual de vivir un ejemplo, inigualable e imposible de alcanzar, pero un ejemplo de cómo responder con generosidad a la traición, con valentía al miedo o con perdón a la brutalidad. Un tiempo en el que se puede intentar vencerse a sí mismo y mejorar como cristiano y como persona. Esto es, un apasionante viaje de mejora personal que permite reiniciarse con ilusión un año más.

Así ha sido durante estos siglos: una fuente de formación en valores cristianos pero también en valores de vida, adaptados a la forma de vivir en cada época. Y hoy en día se mantiene la esencia, pero se ha modernizado el mensaje y su presentación ante los fieles.

Y vaya si ha llegado a la gente. Sin duda, los frailes que la iniciaron no dejarían de esbozar una sonrisa ni dejar de sentirse satisfechos. La celebración que idearon ha sorteado los meandros de los siglos y sigue formando personas y creando cohesión social. Bien sabían ellos que la vida no es un viaje individual a ninguna parte, un error constante sin rumbo. Estas son las otras funciones de la Semana Santa: ayudar a formar a las personas y ayudar a encontrar la fuerza necesaria en la colectividad.

Vivimos en una época donde se exalta la capacidad del individuo en la toma de decisiones en todos los aspectos de su vida. Esta capacidad pone de relieve una de las cuestiones más complejas de nuestro tiempo, cómo aunar la conquista de libertad individual con los problemas que acarrea tomar uno solo todas las decisiones y hasta sus últimas consecuencias. Es evidente que puedo decidir mi forma de

vestir o de peinarme, pero ¿puedo decidir si debo de ser altruista o no? o ¿tengo toda la libertad para decidir si he de cuidar o no de mi familia cuando esté enferma? Estas decisiones ¿son individuales? Venimos a este mundo totalmente desvalidos y, aunque no lo reconozcamos, seguimos siendo dependientes y vulnerables a lo largo de toda nuestra vida. La Semana de Pasión revive el ideal de la máxima entrega por los demás y la grandeza y las miserias que lo rodean. Es en este punto donde destaca la Madre de Dios, modelo por excelencia. Ella concentra las virtudes de la grandeza humana: el amor sin límites, la presencia constante, la fortaleza ante el dolor, la generosidad infinita. Nuestra imaginería muestra bien esas dimensiones. Supongo que esto ha influido en generaciones de mujeres vivarienses, generosas, decididas y fuertes. Sin embargo, en el mundo actual, en la espiral de egoísmo e individualidad en que estamos inmersos, quizá cueste comprender el gran sacrificio de Jesús. El de uno en favor de los demás. Amar a los demás, pensar en colectivo, ofrecerse de verdad. No es fácil de asumir, ni de cumplir. Amar es complicado sobre todo porque, como decía la madre Teresa de Calcuta, el amor, para ser auténtico, debe costarnos.

Sin embargo, esta forma de ser que se genera y transmite en nuestra ciudad, a la que la Semana Santa no es ajena, imprime alegría y solidaridad y ayuda a no perder la ilusión, a soñar. Decía William Shakespeare que “el hombre que no se alimenta de

sueños, envejece pronto”. Quizá por eso esta es una ciudad de jóvenes sin edad.

EL VALOR DE LA SEMANA SANTA PARA LA SOCIEDAD VIVARIENSE

A lo largo de los siglos la Semana Santa ayudó a modelar una forma de ser y también una manera de hacer. Volvamos de nuevo a la Edad Media, la Edad de la Fe. En esa época era normal que las corporaciones, organizaciones económicas, se relacionaran con lo religioso. Cada corporación formaba normalmente una cofradía, cada cofradía rendía culto a un santo particular, organizando procesiones y fiestas en su honor. Las cofradías más antiguas provienen de las Hermandades de la Edad Media. El motivo de su nacimiento no era solo religioso, sino que surgieron como una necesidad social. Eran organismos de asistencia mutua, encargados de ayudar a los compañeros pobres, enfermos o ancianos. Evidentemente, en una época donde la solidaridad era básica para la supervivencia, las cofradías pronto llegaron a ser una parte muy importante de las estructuras que vertebraban la sociedad. Con las cofradías se inicia el idilio entre la Semana Santa y la sociedad vivariense a quien va dirigida.

La Historia de la Semana Santa de Vivero es la historia de sus cofradías y hermandades filiales. Corporaciones que han resistido, y resisten, embates de toda índole y siguen hoy en día totalmente vigentes,

«ECCE-HOMO – CRISTO DE LA CAÑA» • JOSÉ RIVAS 1950 — «LA FLAGELACIÓN – CRISTO DE LA COLUMNA» • JOSÉ TENA 1908

FOTOGRAFÍA: ROBERTO LASTRA



por encima de trabas y obstruccionismos. De ellas han formado parte menesterosos, poderosos, artistas, familias o sagas enteras, personas de todos los niveles y condiciones. Han existido hermandades que sucumbieron con el paso de los siglos. Por el contrario, hay otras que han resistido con vitalidad a todo tipo de vientos y mareas. El Papa Francisco en el Encuentro de Cofradías de 2013 en Roma señalaba que “la piedad popular es un tesoro que tiene la iglesia y las cofradías, la fragua de santidad de muchas personas que han vivido con sencillez la fe cristiana”. En nuestra Semana Santa, hoy en día, ellas capitalizan el protagonismo y dan soporte a múltiples oficios y celebraciones. Es una labor extraordinaria, por varios motivos.

En primer lugar, conservan e incrementan un patrimonio imaginero, amplio y rico, guardado con mimo a lo largo de siglos. Su mérito artístico es, sin duda, importante y su historia, apasionante. Un buen ejemplo es La Última Cena realizada por Juan Sarmiento. Desfiló por primera vez en 1808 y los vecinos de San Ciprián, que sirvieron de modelos, acudían a reconocerse en las caras de los apóstoles y llamarse por sus moteles. Esto incluía a uno, apodado “O Vermello”, que probablemente robó al escultor, por lo que fue caracterizado como Judas. O la muy conocida historia del Ecce Homo “de los franceses”. Toma su nombre de la milagrosa mediación que salvó a la población de Viveiro de un cruel castigo por parte de las tropas napoleónicas, como represalia a su vigorosa y eficaz defensa. Mantener un patrimonio tan rico y extenso es complejo y requiere la intervención de artesanos expertos, como los Otero, padre e hijo, verdaderos artistas, cuyo obrador aún recuerdo en los claustros de San Francisco. Al exquisito cuidado de las más antiguas se suma la incorporación de nuevas imágenes encargadas en los últimos años, con mucha ilusión, a los imagineros más hábiles de todo el país.

Más callada y anónima es la labor de mantener el vestuario, ornamentos, estandartes y el resto de utensilios que lucen impecables en todo momento. Posiblemente una de las visitas que enseñan de forma más clara el carácter de las cofradías es visitar, por ejemplo, sus locales en los claustros de San Francisco. Si no lo han hecho, háganlo. Les sorprenderá, les gustará y les ayudará a entender una forma de ser y una pasión. Vayan ustedes cualquier día de agosto o de noviembre y déjense guiar. Esta suerte de rebotica de la Semana Santa es extraordinaria. Con un esmero asombroso, guardan todos los elementos de las distintas celebraciones, ordenados, repasados

y puestos al día. Personas, como Pacola Sampedro, que mantienen con orgullo e ilusión miles de trajes, capas, cinturones, calzas o capuchones. Solo gente con una gran pasión y una fe enorme puede hacer algo así. En palabras de Tolstoi, la fe es la fuerza de la vida. Esa es la fuerza que guía a tanta gente.

En el plano no material la Semana Santa obra un pequeño milagro ayudando a construir la sociedad de una ciudad como la nuestra. Nuestra Semana de Pasión es la suma del trabajo apasionado y desinteresado de miles de personas, todo el año, en las cofradías y de otras muchas que complementan su trabajo los días grandes. Un trabajo enorme y metódico, una tarea oscura y callada, fruto de la generosidad de todo un pueblo ¡evidentemente sin nada que ganar! Mejor dicho, sin nada material que ganar, ni dinero ni prebendas. Lo que se gana es mucho mejor: es la satisfacción íntima del trabajo bien hecho a cambio de nada. Ese bienestar, esa sensación, es maravillosa y no tiene precio.

Hoy en día la Semana Santa forma parte de la ciudad, porque es la propia ciudad la que la hace. Y eso significa mucha gente, que da muchas horas de su tiempo por construir una pasión. La pasión generosa crea lazos que construyen, que articulan, que hacen sociedad. Y de esto, en Viveiro, se sabe mucho. Ocho siglos de altruismo han dejado huella en nuestro código genético. Altruismo que crea lazos y redes, a veces insólitas, y dan forma a amistades, apoyos y solidaridad que si no serían improbables o incluso imposibles y que perduran décadas. Porque en la celebración y en su preparación participan todos. Un pueblo entero. No hay exclusiones, es más, la invitación es total, alegre y generosa. Cada uno aporta lo que sabe, lo que tiene, lo que es o simplemente como es y todo el mundo vale. No importa la edad, el sexo o la profesión, todo el mundo tiene cabida y una función. Es la perfecta aplicación del pensamiento de la Madre Teresa de Calcuta: “yo hago lo que tú no puedes, tú haces lo que yo no sé y juntos hacemos grandes cosas”. Es un beneficio mutuo ya que no es difícil que buscando el bien de los demás encontremos el nuestro.

Así pues, las cofradías son los depositarios de un legado único que, con enorme voluntad de servicio, conservan y mejoran año tras año. El significado de la palabra cofrade es algo así como unión fraternal. Por eso en el ADN de las cofradías prima la hermandad, el aunar fuerzas, la manifestación de fe, el trabajo serio, callado y eficaz que unos días al año viste sus galas.

CONCLUSIÓN Y DESPEDIDA

Religiosidad, tradición, mejora personal, integración, innovación y una sociedad que se construye y se renueva cada año en cada Semana Santa. Es un tópico decir que Viveiro se transforma al llegar estos días. Somos nosotros, los que la vivimos, los que la soñamos, los que la queremos, los que la transformamos. Somos nosotros los que, con nuevas miradas, la hacemos distinta y cada año más bella.

La influencia de la Semana Santa ha marcado la forma de ser de innumerables generaciones de vivarienses, transmitida de hijos a nietos. Comencé hablando de mi infancia y ahora ya maduro, con menos pelo y más cicatrices, miro hacia atrás y no puedo dejar de admirar a la generación de nuestros padres. Creo que en esto puedo hablar por todas las mujeres y hombres de mi generación. Ahora que ya no tengo las prisas ni las brumas de la juventud, veo en nuestros padres una generación de personas esforzadas, generosas, rectas y nobles. Creo que puedo mostrar el lógico orgullo que todos tenemos de ellos. En un país con muchas dificultades, en los años 40 y 50, supieron refundar no solo una gran Semana Santa; además forjaron una nueva generación de vivarienses, transmitiendo valores, con total entrega, con todo el cariño. Somos lo que somos porque ellos nos ayudaron a ser mejores personas, más fuertes y libres.

*Benvidos a nosa Semana de Paixón
Moitas gracias*

Bibliografía

- Adrán Goas C. La Procesión del Santo Entierro en el siglo XVII. En: Pregón, número XXXVIII, pags. 41-43- PUBLILAR SL, Viveiro, 2012.
- Adrán Goás C. Pregón 1985. En: Pregón, número XL, pags. 83-89- PUBLILAR SL, Viveiro, 2014.
- Anónimo. Hermandad de la Santa Cruz. Disponible en: <http://www.semanasantaviveiro.com/cofradías/stacruz/Presentacion.htm>. Consultado el 10 de marzo de 2016
- Anónimo. Vocabulario típico de nuestra Semana Santa. En: Pregón, número XXXVI, pags. 77-82- PUBLILAR SL, Viveiro, 2010.
- Bennett A. Europe's 10 best hidden beach resorts for 2016. Disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/travel/family-holidays/Europes-10-best-hidden-beach-resorts-for-2016/>. Consultado el 10 de marzo de 2016
- Donapetry Iribarnegaray J. Historia de Vivero y su concejo. Edición facsimil. Diputación de Lugo, 1991.
- Mayo Sampredo F. El espectáculo de la Semana Santa actual. En: Pregón, número XXXVI, pags. 49-56- PUBLILAR SL, Viveiro, 2010.
- Nuevo Cal C. Pregón de la Semana Santa, 2010. Pregón, número XXXVII, pags. 13-21- PUBLILAR SL, Viveiro, 2011.
- Parapar Trasancos PA. Levadores. En: Pregón, número XXIX, pags. 53-56- PUBLILAR SL, Viveiro, 2003.

«PROCESIÓN DE LA SANTA CENA» — FOTOGRAFÍA: JOSÉ MANUEL PALEO

